

Civilización y Barbarie: El caso Iraq “La resurrección dramática del pasado”.

Damoni, Mariela Constanza; Ruiz del Ferrier, Ma. Cristina.

Cita:

Damoni, Mariela Constanza; Ruiz del Ferrier, Ma. Cristina (2004). *Civilización y Barbarie: El caso Iraq “La resurrección dramática del pasado”*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/614>

Civilización y Barbarie: El caso Iraq

“La resurrección dramática del pasado”¹

Apellido y Nombre: Damoni, Mariela Constanza

e-mail: m_damoni@yahoo.com.ar

Entidad a la cual pertenece o Representa: Universidad de Buenos Aires

Apellido y Nombre: Ruiz del Ferrier, Ma. Cristina

e-mail/:ruizdelferrier@hotmail.com

Entidad a la cual pertenece o Representa: Universidad de Buenos Aires

“Toda civilización se expresa en trajes, y cada traje expresa un sistema de ideas eterno... Los trajes varían todo el tiempo por la libertad del pensamiento, esclavizado y tendréis vestidos invariables (...) Cada civilización ha tenido su traje y cada cambio en las ideas, cada revolución en las

¹ Ramos Mejía, 2000: 70.

instituciones (...) La moda no la impone el mundo sino la nación más civilizada...” (Sarmiento, 1958:101)

A modo de Introducción

Las posiciones dicotómicas ‘civilización y barbarie’ no son nuevas ni vernáculas de nuestro país; claramente adquieren relevancia en el continente europeo a partir de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial convirtiendo a la historia en el escenario de una lucha que enfrenta dos extremos irreconciliables: el occidente de Europa y el resto del mundo; la ciudad y el campo; la burguesía y el proletariado; en definitiva, el progreso y el atraso que reina más allá de las fronteras de lo “civilizado”.

Nos proponemos abordar la reciente invasión a Iraq por parte de los Estados Unidos, a partir de la reconceptualización del dispositivo conceptual que caracterizó al pensamiento social argentino a lo largo del siglo XIX en nuestro país. La metodología de abordaje para nuestra temática se basará esencialmente en un trabajo hermenéutico y en un sucinto análisis crítico. Reflexionaremos dicha cuestión alrededor de los siguientes interrogantes: ¿Es posible interpretar en la célebre dicotomía “civilización o barbarie” el reciente conflicto entre los EEUU e Iraq?, ¿Encarna los EEUU en la imagen soberana de George W. Bush a la civilización frente a un mundo oriental bárbaro? O en términos más precisos, ¿Puede decirse que la ingeniería política llevada adelante por los EEUU con vistas a la “liberación” de Iraq

ha sido expresión de la civilización occidental, el progreso, la libertad y los derechos humanos?

El pasado que preside

Es de público conocimiento que, durante el siglo XIX y principios del XX en la región del Río de la Plata, las ideas de civilización y barbarie fueron esbozadas por autores como Sarmiento, Ramos Mejía e Ingenieros, entre otros, encontrando su equivalente en el enfrentamiento que se dió a nivel local entre lo anglofrancés y lo hispanoamericano, Buenos Aires y el desierto, las elites ilustradas y las masas inorgánicas de gauchos e indios que forman las montoneras rebeldes y siguen a caudillos de la talla de Artigas, Güemes, Facundo Quiroga, y Juan Manuel de Rosas.

Estas antítesis nos permitirán desarrollar algunos de los tantos aspectos que describen especificidades de nuestro acontecer nacional y a su vez pensar en esos términos la “guerra preventiva” que lanzó Estados Unidos contra Iraq. El comentario de George Bush “*Los que no están con nosotros están contra nosotros*” para Gunter Grass “*pesa en los acontecimientos de hoy con la resonancia de los tiempos de la barbarie*” (Diario Clarin, 2003: 25)

Hacia fines del siglo XIX, las influencias positivistas fundamentaron “científicamente” proyectos políticos, económicos y sociales. Por entonces, centros imperiales europeos habían actualizado la fundamentación de la supremacía de la raza blanca. No obstante sus eventuales contradicciones, esa superioridad indiscutida de la raza, la cultura y la civilización europea, unidas a la férrea decisión de legitimar la empresa imperial, -en tanto deber de extender a toda la humanidad la evolución alcanzada por las regiones del norte occidental- justificarían las guerras de conquista y las políticas represivas. La convicción modernizada de la inferioridad innata de vastas capas sociales incluye la incapacidad de éstas para gestar un pensamiento que no sea bárbaro o bastardo. Con estas ideas, los sectores cultos europeizantes en el Río de la Plata, van a plantear la necesidad de transformar las razas nativas por otras trabajadoras e inteligentes de origen blanco.

Las concepciones teóricas basadas en los presupuestos de modernidad, tecnología, ciencia, así como la confianza en la superioridad cultural de Occidente – características del siglo XIX-, actuarán como el marco conceptual en el cual Sarmiento va a desarrollar su pensamiento político.

Facundo o Civilización y Barbarie no fue el producto de un minucioso trabajo de investigación de éste intelectual sino, por el contrario, la constatación de una escritura cuasi compulsiva que tenía como propósito impulsar un proyecto político. Es en este

sentido que podemos aseverar que dicha obra es fundante del pensamiento social y político argentino.

Sarmiento como partícipe de la llamada Generación del '37, claramente colocada bajo el signo del Romanticismo, ha empezado a organizar el país. Los integrantes de la Nueva Generación se sienten mejor posicionados que sus predecesores para asumir la función directiva que sus propios desvaríos arrebataron a la unitaria. Encabezados por Esteban Echeverría sostienen que el fracaso de los unitarios es, en suma, el de un grupo cuya inspiración provenía de la supervivencia del Iluminismo. Por tanto éste grupo de intelectuales –que tenían como punto de reunión la librería de Marco Sastre- se proponían completar la Revolución de Mayo a partir de una emancipación del lenguaje y una cultura nacional, independientes de cualquier españolismo, manifestando la necesidad que tenía la juventud de asociarse, fraternizando pensamiento y acción guiados por la doctrina del Dogma *socialista* donde proclamaban la *Democracia: como tradición* (Revolución de Mayo), *como principio* (libertad, igualdad y fraternidad) y *como institución* (sufragio y representación) Para estos jóvenes las nociones de civilización y progreso se vinculan estrechamente con la idea positivista de razón.

En las primeras etapas de actuación política, los integrantes de la Nueva Generación, consideran en términos de Halperin Donghi “... *la hegemonía de la clase letrada como el elemento básico del orden político*” (H. Donghi, 1982: 12) La soberanía de la elite letrada se justifica por su posesión de un acervo de ideas y

soluciones que les permitiría orientar eficazmente a la sociedad. En términos particulares, puede sostenerse que el interés que guía a Sarmiento en sus reflexiones es rastrear el surgimiento de una nueva sociedad y una nueva civilización basada en la plena integración del mercado nacional. De allí su apuesta a la educación popular como único medio posible para que la masa de hijos del país pueda salvarse de la marginación económica y social en su propia tierra. A esta idea básica de su pensamiento sumará la de la inmigración, sobre todo luego de sus viajes a Europa y Estados Unidos “*Dos bases había sospechado para la regeneración de mi patria: la educación de los actuales habitantes, para sacarlos de la degradación moral y de raza en que han caído, y la incorporación a la sociedad actual de nuevas razas. Educación popular e inmigración.*” (Ingenieros, 1957: 281)

En síntesis, *Facundo* es una obra en la cual es posible reconocer inmediatamente un modo de manifestación social y política de una época. Será entonces la plataforma a la que Sarmiento arribará como construcción terruña a partir de una geografía, de un suelo, de un clima, de un hábitat, que dará un tipo de hombre con una determinada fisonomía, con características psicológicas específicas, que tendrá un modo particular de acción, que reproducirá un determinado sistema de relaciones sociales y que constituirá un tipo de orden social. Sarmiento inaugura de este modo la idea del mal en la política. Un mal cuya génesis se reconoce en el ámbito desértico, que va retratando en los hombres un temperamento mimetizado con el aislamiento, la soledad y el salvajismo del paisaje. La naturaleza va moldeando así personalidades, tradiciones y costumbres, esculpiéndolas en un mismo destino.

La ciudad era el imperativo categórico para la existencia de progreso, de crecimiento económico, de gobierno regular, de leyes sin caudillos ni montoneras, de instrucción y educación necesarias para conformar una moderna organización. Era el hombre de “traje europeo” el que impulsaba la civilización. El desierto, en cambio, era el salvajismo insubordinado del caudillo, el gaucho de las llanuras, el indio. El mal – según Sarmiento- que aquejaba a la República Argentina era la extensión, de allí que se tornaba imposible que el hombre de campo ocupase el suelo; debía “disolver la asociación familiar y derramar las familias sobre una inmensa superficie”, perdiéndose la vida en sociedad y junto con ella, la competitividad que esta promueve. El hombre quedaba atrapado por ese suelo que terminaba por volverlo prisionero.

El siglo XIX y el siglo XII convivían uno dentro del otro: el hombre de campo y el hombre de la ciudad reflejaban dos sociedades distintas, dos pueblos extraños. La barbarie definía una época y un tiempo: el pasado; un lugar: el campo y un ser social: el ejército montonero y el administrador de estancia. La civilización, en cambio, será el futuro, la ciudad y un proyecto basado en el progreso: la industria y la educación.

La ciudad y el campo, el progreso y el atraso, la civilización y la barbarie son los términos que le permiten a Sarmiento hacer referencia a las manifestaciones sociales que constituyen determinado orden social... *“nosotros, empero, queríamos la unidad*

en la civilización y en la libertad y se nos ha dado la barbarie y en la esclavitud. Pero otro tiempo vendrá en que las cosas se den en su cauce ordinario". (Sarmiento, 1958: 13)

En la actualidad observamos que las fuerzas negativas de la civilización se hacen presentes y la humanidad asiste estupefacta a una nueva guerra. El presente vuelve sobre sus pasos. El pasado que preside, se encarna en nuestros días, en una nueva "aventura" bélica encabezada por la administración republicana de G. Bush. Entre cuantiosos daños irreparables no podemos dejar de recordar que, en la era de los derechos humanos, a dicha conquista le costó y le costará paradójicamente la vida de muchos seres humanos.

Si recordamos aquí la pretensión de Sarmiento de seguir el modelo de los Estados Unidos y de la sociedad norteamericana que a sus ojos es como "*... un gajo del árbol europeo retoñando en el suelo de América*" (Ingenieros, 1957: 277) nos preguntamos ¿en esto ha devenido la civilización? Más aún, ¿Dónde están las huellas de aquello que Ingenieros afirmara luego acerca de esa raza de hombres trabajadores y cultos que ... "*podrán realizar la Justicia dentro de la nación y sabrán respetar la Paz de las naciones contiguas*" (Ingenieros, 1957: 460), expresando en estas palabras los ideales a que debía aspirar la "raza argentina"?

El presente: El fantasma de la civilización

Después de la segunda Guerra Mundial, entre los totalitarismos y la carrera armamentista, Hannah Arendt escribía que la misión y fin de la política es asegurar la vida en el sentido más amplio. *“El sentido de la política es la libertad”*. La idea de libertad se introdujo en el debate acerca de la guerra sólo cuando se hizo evidente que se había logrado tal desarrollo técnico que excluía el uso racional de los medios de destrucción, en términos arendtianos *“la libertad ha aparecido en medio de ese debate como una *deus ex machina*, a fin de justificar lo que ya no es justificable mediante argumentos racionales”* (Arendt,1998:14)

La interpretación de la guerra de la autora alemana nos permite redefinir el término sarmientino de barbarie, no ya como reflejo de hombres aislados y en soledad que habitan lugares desérticos sino, como la barbarie que se va instalando paulatinamente con el advenimiento de la prepotencia del imperio y acuña conceptos que intentan construir doctrinas modernas de “seguridad”, como la de “guerra preventiva”.

Se resignifica el término barbarie ahora asociado, en primera instancia, a esta guerra que fue buscada y planificada hace tiempo y, en segundo término a un aparato militar abrumador que atacó “preventivamente” violando el derecho internacional y matando a niños, ancianos, mujeres y hombres. Como fundamento de

tal situación G. Bush sostiene “... *las fuerzas americanas y nuestros aliados están avanzando en forma sostenida contra el régimen de Saddam Hussein, por lo que la liberación del pueblo iraquí está llegando*” (*Diario Clarín*, 2003:5)

En términos de la guerra nos es difícil seguir pensando en la “civilización yanqui” como la recuperaba Sarmiento, es decir aquella que tras la conquista de los pueblos anglosajones de la Europa moderna, había recibido la influencia o “había escuchado” a Lutero, a Galileo, a Bacon o a Descartes. En cambio la colonización española, representante de la Europa medieval se había resistido a la Reforma y al Renacimiento: “*allí se aprendió a trabajar y a leer; aquí a holgar y a rezar*” (Ingenieros, 1957: 286) Se alude así a factores psicológicos que en este caso determinaban las desigualdades entre la colonización inglesa y la conquista española.

Esa colonización norteamericana tan ponderada por Sarmiento en *Conflicto y armonía...*, se había hecho bajo la realización de la idea griega de Minerva “... *que sale del cerebro de Júpiter, ardiendo aquellas cabezas en el volcán de ideas que remueven Moisés y los profetas antiguos, Lutero y Calvino*” (Ingenieros, 1957: 300) A esa superioridad moral del mundo protestante -sobre el católico- atribuye Sarmiento el mayor cultivo de la dignidad personal que alienta la práctica del derecho y enseña a respetar el derecho de los demás como fundamento cardinal del propio. “*Determina en una palabra, la capacidad para el régimen representativo y la democracia*” (Ingenieros,1957:301). Los derechos y el desarrollo humano comparten una misma visión y un mismo objetivo: garantizar, para todo ser humano, libertad, bienestar y

dignidad. Claramente, los derechos humanos constituyen parte intrínseca del desarrollo, entendido este último como medio para realizar fundamental para realizar los derechos humanos. Queda así demostrado como los derechos humanos aportan los principios de responsabilidad y justicia social al proceso de desarrollo humano.

En estos tiempos pensar la administración de G. Bush en términos de una democracia basada en el respeto a los derechos del Otro resulta ser una perspectiva compleja, sobre todo cuando leemos en los periódicos que las fuerza de ocupación allanan domicilios, palpan a las mujeres -ofensa inconcebible en el mundo árabe- detienen iraquíes a voluntad, vuelan mezquitas matando a cientos de civiles, demostrando así un fuerte desprecio por la cultura Otra. Parafraseando al misionero Brodie, no se tiene en cuenta que *“ellos representan en suma, la cultura, como la representamos nosotros, pese a nuestros muchos pecados”* (Borges, 1972: 1078)

La ambición imperial de Estados Unidos, el uso unilateral de la fuerza de modo anticipado contra Iraq, libre de las restricciones de los reglamentos y normas internacionales desgarran el tejido de la comunidad internacional y de las asociaciones políticas. Arrogándose el derecho por sobre todas las demás naciones de actuar ‘por adelantado’, incluso preventivamente, enfrentando amenazas potenciales antes que puedan convertirse en un problema mayor. En este sentido, podemos observar una política claramente realista por parte de los EEUU en su versión estructural-ofensiva, no otorgando a Iraq más opción que desarrollar en la medida de lo posible su (escaso) instrumental político defensivo, en términos del padre del realismo estructural, Kenneth Waltz.

En este sentido, G. Bush expresa *“Este es el futuro que nosotros escogimos. Naciones libres haciendo su deber defendiendo a nuestra gente uniéndose en contra de la violencia. Y esta noche, como lo hemos hecho antes, Estados Unidos y sus aliados aceptan esta responsabilidad”* (Bush, 2003)

Del pensamiento de Clausewitz queda aún más clara la idea de la guerra en la política. Si bien se suele hablar de democracia como puramente política y de dictadura únicamente como guerra, el corte entre ambos extremos supone entrar en una realidad de pura apariencia ya que con o sin armas estamos siempre en guerra. Esa apariencia vigente en el campo de la democracia es la muestra brutal del modo en que devino la política en Occidente, es decir *“ocultando el fundamento de muerte que sostiene la legalidad”* (Diario Página 12, 2003: 16) Así como Sarmiento introdujo la idea del mal en el ámbito político encontramos una continuidad en la visión de G. Bush quien define la guerra como un enfrentamiento entre la libertad (el bien) y el mal. Proclama que la invasión al territorio de Iraq se hace en nombre de la liberación y la paz del pueblo islámico, en función de que la comunidad “internacional” está allí justamente respondiendo a su función inherentemente liberadora. En este contexto es interesante recordar a Carl Schmitt cuando sostiene que *“la opresión más terrible sólo se puede infligir en nombre de la libertad y la inhumanidad más abyecta sólo puede asumir el nombre de humanidad”* (Schmitt, 1932: 52)

La política llevada a cabo por la Casa Blanca es suficientemente fuerte como para desarrollar nuevas tecnologías que le permitan avanzar en sus objetivos

políticos estableciendo reales reagrupamientos bajo la dinámica schmittiana amigo-enemigo. ¿Quién es hoy el enemigo para G. Bush? el Otro, Saddam Hussein. Los conceptos amigo, enemigo y lucha adquieren un significado pleno por el hecho de que se refieren de modo específico a la posibilidad real de la eliminación física. Claramente “... *la guerra deriva de la hostilidad puesto que ésta es negación absoluta de todo otro ser*” (Schmitt, 1932: 55) Vale decir: es una distinción en el plano del ser donde el *hostis* -enemigo público- es *el otro*, con quien las disidencias no pueden ser resueltas a través de un sistema de normas preestablecidas ni aún mediante la intervención de un tercero imparcial. Deviene encasaría una referencia a un momento de excepción. Quien decide respecto a quien es el enemigo se constituye en el soberano. La soberanía política implica el derecho a declarar la guerra (el *jus belli*) dado que enajenar a un país su poder de decisión en lo concerniente a su designación del enemigo es, sin duda, atentar contra su misma calidad de Estado. Como quedó de manifiesto cuando en marzo de 2003 el gobierno de G. Bush declaró la guerra a Iraq: “*Los Estados Unidos y nuestros aliados están autorizados a utilizar la fuerza para acabar con las armas de destrucción masiva de Iraq. Esto no es un asunto de autoridad. Es un asunto de decisión*” (Bush, 2003)

A partir de esta situación se vuelve complejo pensar en un tecnicismo despolitizado. Sin embargo, la técnica no colaboraría en cuanto a facilitar la paz o la guerra; sólo con el retorno de la política en su más profundo significado será posible detener la actual barbarie. Es decir, un ámbito público políticamente garantizado, en el cual la libertad haga su aparición y en el que cada hombre libre pueda insertarse de

palabra y obra. En este plano, según Hannah Arendt, libertad y política se relacionan entre sí como las caras de una misma moneda. La libertad -independiente de las experiencias internas del yo individual- necesita de la compañía de otros hombres que estando en la misma situación comparten un mundo organizado políticamente *“son libres mientras actúan, ni antes ni después, porque ser libre y actuar es la misma cosa”* (Arendt, 1992: 165) La libertad se comprende, no como mera deliberación sino, en el estar con los otros, en la pluralidad dada en el ámbito público. Es en la pluralidad donde se desarrolla la especificidad de toda vida política. La política entendida como acción se ubica en el campo conceptual. Se trata de una actividad instituyente de sentido en la cual libertad y acción devienen sinónimos.

La libertad permite la verdadera emancipación de la necesidad, de los imperativos de la reproducción biológica, como así también los de la fabricación. Para Hannah Arendt los hombres son seres humanos condicionados debido a que las cosas con las cuales se conectan se convierten en condición de su existencia, sin embargo el condicionamiento se distancia de la determinación. Más aún, la libertad entendida como acción inherente y exclusiva de los seres humanos permite traer a la existencia lo inesperado, lo improbable; y por lo tanto, su consecuencia reviste formas inevitablemente contingentes. De este modo, sólo hay libertad en el ámbito de la política.

Otro autor que trae a escena el pensamiento griego es Jacques Rancière cuando destaca aquello que pensaba Aristóteles al afirmar que aquello que es

inherentemente político es la idea de que los hombres -en tanto seres políticos-, poseen el don de la palabra *-logos-* la cual es distinta a la voz *-phoné-* que comparte con los animales, permitiéndole simplemente expresar sensaciones de dolor o de agrado.

La política se centra en la cuenta de las partes: aquellos que tienen capacidad de ser parlantes, y aquellos que poseen no más que la capacidad para escuchar lo que dicen los anteriores. Solamente hay política cuando los seres parlantes manifiestan su inteligencia y así queda de manifiesto un destino colectivo. Hay política cuando se produce el choque entre la lógica de la policía –lo útil-, y el principio de la igualdad o “lo justo”.

Claramente la sociedad se constituye por lo menos a partir de tres principios; a saber: riqueza, virtud y libertad. Aquél que logre imponerse por sobre los otros dos será el que determine qué tipo de gobierno tendrá lugar. La libertad -en oposición a los otros dos principios- no es cuantificable, por el contrario ésta sólo puede practicarse. En este sentido, la libertad es el principio dominante en la democracia. Este régimen político encarna el modo de subjetivación de la política. Se trata de la irrupción del orden de distribución de los cuerpos en la comunidad basándose en la ampliación de la lógica policial por sobre la lógica política.

Tanto Hannah Arendt como Jacques Rancière realizan un pronóstico negativo de la sociedad contemporánea, así también como de la democracia. Para el autor

francés se está transitando un período de “posdemocracia” basada en la búsqueda de consensos. Esto implica la desaparición o atenuación del litigio. En su lugar rige la “metapolítica” –careciente de elementos perturbadores- que permite la conjunción de lo científico y lo mediático, dando como resultado la igualdad de cualquiera con cualquiera.

En la historia occidental moderna el espacio público queda cada vez más devaluado. En detrimento de la política crece la esfera de lo social, incluso expandiéndose cada vez más desde la Revolución Industrial y la posterior sociedad de masas. La explotación de los recursos destinados al consumo ocupan el centro de la escena, quedando la acción relegada a un plano secundario. Siguiendo a Hannah Arendt pensamiento y acción se separan producto de la fabricación. La nueva naturaleza de la acción ya no es un fin en sí mismo, por el contrario ésta se vuelve teleológica: acción que tiene como meta alcanzar un fin determinado. La acción deviene simple ejecución de una orden, siendo su comienzo y su realización dos actividades completamente diferentes que pierden su concepción articuladora.

El carácter de inseguridad que genera la acción -por su imposibilidad de predecir el resultado, la irrevocabilidad del proceso y el carácter anónimo de sus autores-, es superado a través de llevar adelante procesos que permiten la producción de objetos planeados y ejecutados por los hombres en forma aislada. De este modo, el actuar es sustituido por el hacer: la pluralidad que tiene lugar en el espacio público es superada por la instauración de un gobierno liderado por unos

pocos que deciden frente a muchos que obedecen.

Sintetizando, en la modernidad no hay política porque ésta no refiere a la administración de cualquier gobierno así como tampoco a un sistema institucional. La política es la dimensión de los hombres libres que se comunican con otros hombres en el espacio público, es “ser con los otros”. La historia de la modernidad es el triunfo conjunto del *homo faber* y la sociedad de consumo. Lo social se relaciona con el proceso de producción y consumo que invade todas las esferas, un híbrido, en el cual los intereses privados adquieren importancia pública. Consecuentemente, desaparece la idea de igualdad política de los que acceden.

El lugar vacío es ahora ocupado por el predominio de la igualdad social como consecuencia de la homogeneización que trata de transformar en público aquello que estaba en privado. *Labor y trabajo* se elevan a la jerarquía de las actividades humanas alcanzando la misma dignidad que la vida dedicada a la política. La acción es considerada entre las necesidades de la vida y no como producto de la emancipación que permite a los hombres ser libres: lo social y lo político devienen indistintos porque las actividades económicas se han convertido en preocupaciones centrales. Queda así de manifiesto un conjunto de elementos que van en contra de la esencia de la política.

Según las palabras de Manuel Garretón “*asistimos al desaparecimiento del paradigma clásico que veía en la posición estructural el elemento determinante en la conformación de la acción colectiva y de los actores sociales*” (Garretón, 2000: 7) El tipo de sociedad estatal industrial se encuentra en extinción, y en su lugar hace su aparición el tipo societal conocido como postindustrial globalizado que tiene como ejes centrales el consumo, la información y la comunicación siendo la cultura norteamericana su más claro referente. Otra de sus peculiaridades es que no tiene en la definición misma -a diferencia del paradigma clásico-, de sistema político en tanto configuración de las relaciones de poder referidas a la conducción general de la sociedad.

A modo de conclusión

“Lavallo no sabía(...) que matando el cuerpo no se mata el alma, y que los personajes traen su carácter y su existencia del fondo de las ideas, intereses y fines del partido que representan...” (Sarmiento, 1958: 114)

Una obra clásica como *Facundo* puede ser interpretado hermeneúticamente, o no, como un ensayo sociológico; pero no puede negársele la riqueza que tiene para describir su época. Podemos sostener que el pensamiento social argentino, que emergió el siglo XIX, en los escritos de Sarmiento -junto a otros pensadores-, reflejaban en algún sentido las imágenes sobre el país real y el país deseado. Claramente estos intelectuales nacionales formaron parte del debate acerca de la construcción de la sociedad. Sus aportes permitieron comprender y enriquecer el pensamiento social nacional, y hoy día nos permite leer los acontecimientos internacionales en dicha clave de lectura.

Nuestra intención ha sido elaborar un ensayo a partir del pensamiento de estas figuras de “conciencia moral” que impregnaron nuestra historia y son parte de nuestras raíces. Recuperar sus “voces” nos ha permitido pensar y reflexionar sobre nuestra realidad socio-histórica, incluso más allá de nuestras fronteras.

El proyecto político de los miembros de la Generación del ' 37 pretendía dar cuenta de los mecanismos para alcanzar la formación de una nueva legitimidad frente a la guerra civil que envolvía al territorio nacional. Nueva legitimidad en tanto elemento integrador de las relaciones de poder que permitiría dar un gran salto cualitativo hacia la civilización. De este modo, se dejaría atrás, por fin, la barbarie. Se lograría una unidad frente a la multitud desarticulada, característica del estado de naturaleza hobbesiano.

Tal como sostiene José Ingenieros, la lucha por la vida entre los grupos o países que componen el conflicto, Estados Unidos e Iraq, reviste entre otros tres aspectos singulares, a destacar:

En primer lugar, podría plantearse una suerte de asimilación de la sociología económica, gestada y procurada por Norteamérica, a la sociología biológica diferencial de ambos contendientes. En este sentido, la fuerte creencia de superioridad en términos morales, económicos, militares y políticos constituyen el imperativo que motiva a los Estados Unidos y a sus aliados a imponer su tipo societal en términos de lo expresado por Garretón. Por consiguiente, se considera a la política nacional e internacional como simples manifestaciones de la lucha por la consecución

del logro de la homogeneización de los valores a nivel mundial. Queda en evidencia el intento por eliminar la constitución del *hostis*: el extraño, el distinto, el otro que encarna el mal. Muestra de ello, son las expresiones que se emplearon a la hora de declararle la guerra a iraq: *“Hago un llamado enérgico a todos los miembros de la milicia y del servicio de inteligencia iraquí a que, si hay guerra, no peleen por un régimen moribundo por el que no vale la pena morir”* (Bush, 2003) En esta línea, la supremacía del “imperio” por sobre las demás naciones, con la consecuente transformación radical de las relaciones internacionales, y en lo social aceptar la proclama de G. Bush que la guerra es una preparación para la paz y liberación del pueblo iraquí, es inadmisibile.

En segundo lugar, en un mundo donde la idea de espacio público se encuentra devaluada y la constitución de identidades queda reservada al ámbito de lo privado; donde los ejes de la modernidad, como son los derechos humanos, la democracia, la libertad, etc., dejan de ser inalienables para pasar a ser ignorados frente al predominio de la técnica y la opresión características de la guerra moderna. De este modo, asistimos a la “superación” de la teoría absolutista hobbesiana donde ya no se garantizan políticamente ni siquiera la conservación de la vida para la consecución de la paz y el orden. Más aún, siguiendo el postulado del autor inglés, sólo un pacto entre los individuos daría origen al Leviatán que garantizaría orden y seguridad. Sólo cuando el pacto sea consumado se alcanzará la civilización.

Parfraseando a Sarmiento...*"el derecho de gentes (propio de las ciudades cultas), que ha suavizado los horrores de la guerra, es el resultado de siglos de civilización... De otra forma se estaría frente a esclavos romanos o espartanos sobre quienes caía toda la responsabilidad material, el cuidado de proveer subsistencia en oposición a la libertad"* (Sarmiento, 1958: 142)

En tercer lugar: la explicación del nacionalismo deja entrever un escenario futuro en el cual probablemente Norteamérica alcancen sus objetivos mediatos de imponer sus valores culturales y creencias dogmáticas en los países orientales (y potencialmente en los países latinoamericanos) Los Estados Unidos se asumen como la representación de los baluartes de la civilización toman para sí la misión de convertir al pasado bárbaro y asentar definitivamente la unipolaridad como única opción legítima.

En este contexto, es evidente que la noción de interdependencia entre libertad y política entran en contradicción: la libertad pública se ha replegado al propio yo; en tanto la política se asocia hoy a la soberanía. G. Bush y sus seguidores quieren ser soberanos, como grupos organizados o como individuos y sólo aceptan someterse a la opresión de su propia voluntad, según Nietzsche "voluntad de poderío". La identificación entre política y soberanía es una consecuencia dañina y peligrosa que sólo puede mantenerse con instrumentos de violencia, es decir, con medios esencialmente no - políticos. De suerte que se manifieste en las palabras del presidente norteamericano al pronunciar que la utilización de la guerra permitirá la

destrucción del aparato de terror para construir un nuevo Iraq próspero y libre.

Si a la noción de civilización le homologamos las características de progreso, talento, libertad, prosperidad, donde las luces de la ciudad reflejen el arte, el comercio, la educación propia de los pueblos cultos; lejos está de encarnarse en la figura mediática y claramente discursiva de G. Bush. Contrariamente, su figura se asemeja a la metáfora del caudillo *“quien enarbola su chicote de fierro y descarga sobre el insolente golpes que causan contusiones y heridas; y si la resistencia se prolonga, antes de apelar a las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo en la mano y reivindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con la que sabe manejarlo (...) El que muere en estas ejecuciones del capataz no deja derecho a ningún reclamo, considerándose legítima la autoridad que lo ha asesinado”*(Sarmiento, 1958:14)

A modo de conclusión tentativa, nos resta decir que por lo aquí expuesto, la ingeniería política norteamericana deja entrever la constitución de un espacio vacío en la dicotomía “civilización o barbarie”. La “lucha de todos contra todos” donde el valor predominante es la incertidumbre producto de la ausencia de reglas, solo permite avizorar un escenario caracterizado por la persistencia del estado de naturaleza de impronta hobbesiana que se encuentra más próximo a la noción de barbarie.

Bibliografía

- Arendt, H (1998): *Sobre la revolución*: Piados: Barcelona.
- Arendt, H (1992): *Entre el pasado y el futuro*: Piados: Barcelona.
- Borges, J. L.(1972): “El informe de Brodie” en *Obras Completas*: Emecé Editores: Buenos Aires.
- Halperin Donghi, E.(1982): *Una nación para el desierto argentino*: Centro Editor de América Latina: Buenos Aires.
- Hobbes, Thomas: “Leviatán” Editorial Fondo de Cultura Económica. México. 1998.
- Garretón M, Manuel Antonio (2002): “Las transformaciones de la Acción Colectiva en América Latina” en *Revista de la CEPAL N° 76*.
- Ingenieros, J (1957): *Sociología Argentina*: Elmer Editor: Buenos Aires.
- Rancière, Jacques (1998): *El desacuerdo. Política y Filosofía*: Nueva Visión: Buenos Aires.
- Sarmiento, D.(1958): *Facundo*: Espasa Calpe, Argentina SA: Buenos Aires.
- Schmitt, C: *El concepto de lo político*: Alianza: Madrid.

Otras fuentes:

- Declaración de guerra a Iraq, Presidente de los Estados Unidos, George W. Bush, marzo de 2003.

- Diario Clarín del día 8 de abril de 2003.
- Diario Página 12 del día 6 de julio de 2003.